

## El desenfreno del éxito

Desde que me alcanza la memoria, siempre he estado acompañado. Principalmente por adultos. Naturalmente, no comprendía el motivo de algunas cosas de las que hacían. Lo que más me extrañaba era verles trabajar. Aún puedo enumerar decenas de personas que se partían el lomo día a día, en el trabajo, mientras que yo permanecía en casa, perdiendo el tiempo de las formas más mundanas que ahora, a mi edad, puedo imaginar. Sin embargo, yo era feliz. Pasaba mis días con una despreocupación envidiable, mientras que los adultos no paraban en todo el día: ocho horas de trabajo, dos horas de camino de ida y de vuelta de éste, otras dos de tareas del hogar. Y el resto del día, que a los ojos de cualquiera podían parecer tan valiosos, lo malgastaban, porque no tenían fuerzas, físicas ni morales, para pensar en cómo invertirlo. Así, lo dejaban pasar con pasatiempos chabacanos. Obviamente, siendo tan pequeño no tenía la capacidad de juzgar lo que hacían o dejaban de hacer. Si por algo lo veía como algo chabacano, era por el desencanto que mostraban sus rostros. Una expresión que, año tras año, se iba acrecentando. Ante esta imagen, a mis cinco años, solo me podía preguntar por qué no hacían como yo, por qué no se quedaban en casa jugando y siendo felices. Pero poco a poco, fui asumiéndolo como una realidad inamovible y que algún día yo también encarnaría.

Si esta imagen dejó de horrorizarme con el tiempo, es por los mensajes que tanto circulaban a mi alrededor: "el trabajo dignifica", "trabaja duro y llegarás a donde te propongas", "el límite te lo marcas tú"... y un sin fin de eslóganes que actualmente tanto veo en las tazas de café de personas que me resultan un tanto inquietantes. No puedo decir que esté en desacuerdo con estas afirmaciones, es más, si hay algo que deteste es a los holgazanes, que se muestran indolentes ante el mundo, que no tienen ninguna clase de aspiración salvo la de acabar el trabajo pronto para malgastar su tiempo. Pero ante esta actitud tan deleznable y, por desgracia, tan extendida, se ha erigido otra antagónica. "¡Estupendo!", pensaréis, "Esta gente va a levantar el mundo". Pero no podría ser un pensamiento más desacertado. A continuación explicaré el porqué:

Constantemente, desde que nacemos, nos animan a crecer. No en el sentido biológico, que es algo obvio, sino como personas. Es decir, que nos autorrealicemos. Esto, en principio, es algo positivo, a lo que todos nos deberían animar -sino somos lo suficientemente avisados como para decidir hacerlo por nuestra cuenta. Sin embargo,

gran parte del mundo tiene un concepto reducido de esta idea. Muchos, cuando hablan de autorrealizarse, de crecer, tan solo se están refiriendo a llegar alto, esto es, por encima de los demás. Que solo habrás triunfado si lo haces mejor que cualquiera, si tu trabajo es mejor retribuido que el de los otros. Esta idea ya nos la inculcan desde pequeños, y la van intensificando con el paso del tiempo. Así, a la hora de trabajar, no pensamos en otra cosa que en cómo podemos arreglárnoslas para superar a nuestros compañeros. Y pocos descansan hasta conseguirlo. Así, se acaban forjando densos muros de rivalidad que aíslan a los compañeros, o lo que es peor, les enfrentan entre ellos. Y muchos ven este muro como algo imprescindible para alcanzar el éxito. Pero basta con pensar detenidamente en lo que esto supone para darse cuenta de lo descabellada que es esta idea. Por eso, os animo a comprobarlo por vosotros mismos. Competid, adelante. Os arruinaréis la vida. Mirad al prójimo como un obstáculo para llegar a vuestro objetivo, o por el contrario, como un medio para llegar a él. Las dos visiones indignas para un ser humano, especialmente la segunda, que bajo una máscara de falsedad, trata de fingir simpatía por alguien a quien realmente se desprecia, y solo se utiliza como cualquier otro instrumento. Tratadles como simples mercancías, no disfrutéis de su compañía. Ni tampoco de la vida. Al menos hasta que consigáis llegar a vuestro objetivo, del que podréis disfrutar efímeramente, hasta que se os presente un nuevo objetivo. Y no descanséis hasta saciar ese círculo vicioso inacabable. Yo, por el contrario, prefiero ver cada día de mi vida, cada experiencia y a cada persona a la que conozca como un espectáculo único e irrepetible. Aunque para muchos esto suponga perder el tiempo, y la posposición del logro de mis objetivos, no saben que aunque llegue más tarde a ellos, disfrutaré más. Me parece imprescindible ser capaz de distraerse y pararse, ante lo que la vida ofrezca, y no perseguir algo desenfrenadamente, hasta que se consigue, ya que siempre cabe la aterradora posibilidad de fracasar. E, independientemente de conseguirlo o no, el camino será un total suplicio si no aprendemos a esperar y a disfrutar también de él, no solo del fin de éste.

Esta idea errónea de éxito, también se asocia muchas veces a tener un gran cargo, un sueldo copioso y en ser alabado por las gentes de alrededor. Que esto se dé en la vida de un hombre no es en sí negativo. El problema surge cuando se siguen ciegamente este ideal, valiéndose de todo lo que tienen a su alcance para conseguir ser un "hombre de éxito": con un sinfín de dinero y con una frenética adulación por parte de las masas.

Pero esto no debe ser, ni mucho menos el fin último de nuestros actos, sino solamente una consecuencia de lo que hagamos realmente por gusto, de lo que nos apasione.

Muchos pueden contestarme "Pero eso es lo que me gusta: ser rico y admirado". Ante este tipo de gente no puedo sentir una mayor lástima. No se me puede desgarrar más el corazón al pensar en no tener mayor motivación que la fama y el dinero.

Esto lo digo, en primer lugar, porque es un apetito que nunca es saciado. Siempre nos satisface un poco, pero no nos llena. Y en cuanto se acaba esta sensación, volvemos a buscarla inmediatamente. Esto es un círculo que se retroalimenta eternamente, sin llegar nunca a nada. Este tipo de deseos, si se les deja avanzar lo más mínimo, al igual que una rueda que cae colina abajo, nunca cesarán, y cogerá cada vez más y más velocidad, arrollando todo a su paso: el amor, la virtud, la amistad, el deleite sincero ante el mundo... Todos estos bienes se van apartando cada vez más de nuestras vidas, porque nos requieren tiempo y dedicación. Y este esfuerzo lo podríamos estar dirigiendo a conseguir nuestros objetivos. Así, poco a poco, vamos vaciando nuestra vida y desechando todo aquello que no nos sea provechoso. Avanzamos, con una vida cada vez más cercada, reservada únicamente a nuestro camino al supuesto éxito, hasta que, finalmente, en pleno desenfreno, impulsado por un sinsentido abrumador, nos estrellamos, y rompiendo a pedazos esta rueda codiciosa.

Ante este virulento destino, no debemos darle la espalda a cualquier tipo de progreso, y quedar estancados en la mediocridad con tal de no tener este trágico final. Por el contrario, debemos fijarnos objetivos, y afanarnos a ellos vehementemente hasta alcanzarlos. Pero es imprescindible que estos objetivos sean sacados de lo más profundo de nuestro ser, que realmente lo deseemos, y que no sean algo superficial que realmente no nos sacie. Nuestro esfuerzo, debe ser siempre precedido por la reflexión. Tenemos que tener claro siempre hacia dónde vamos, y cómo estamos yendo hacia ello, es decir, si estamos obrando adecuadamente para conseguirlo.

Si hacemos esto, si nos fijamos metas realmente virtuosas y llegamos a ella, llegaremos a una cima que valga la pena. Hablo de una cima desde la cual no solo no nos duelan menos las caídas, sino desde la cual no puede haber caídas, ya que nos habremos erigido sobre algo sólido, y completamente duradero. Y conseguir llegar hasta aquí me parece de extrema necesidad.